

## Igary el árbol travieso

Mamá lleva viviendo en el bosque más de cien años, ella es conocida por su bondad y dulzura, yo apenas voy a cumplir diez —ya casi tomó forma juvenil—. Con mamá fuimos testigos de la llegada de un nuevo árbol, al bosque perdido.

Una noche, caminando por el sendero que lleva al río, sentimos el sollozo de un pequeño brote, mamá me cogió de mis ramas y con cuidado se inclinó un poco y le dijo al recién nacido con voz cariñosa, «¿Qué te pasa pequeñín?»

—Es... que... me perdí —dijo con una vocecilla, perdida entre sus pequeñas ramas—. Aún temeroso, trataba de esconderse entre otros matorrales. Mamá intentaba alcanzarlo pero él se mostraba tímido.

—Tranquilo, yo te cuidaré mientras encontramos a tu madre. —Dijo mamá—, en tanto lo levantaba del suelo húmedo y cuidando no quebrar sus frágiles ramas. Esa noche el frío era intenso y extraños ruidos se escuchaban en el entorno, sentí la presencia de algún tipo de cachorro, que también estaba sólo. Busqué un buen rato, pero no vi nada.

Como no tenía nombre, se le nombro Igary que significa el árbol de las formas y buen amigo.

Igary creció como un árbol normal, siendo pequeñito y juguetón. Con sincera amistad hizo amigos de todas las especies que habitan el bosque.

Ya han pasado algunas semanas, desde la noche en que mamá encontró en el bosque al pequeño Igary. Con él hemos fortalecido nuestra amistad, somos grandes amigos, casi hermanos, nos divertimos mucho en el bosque, con las diferentes especies de animales que allí conviven con nosotros, los arbustos y los árboles. Pero Igary tiene un pequeño defecto, es curioso (además de juguetón y travieso); esto le ha traído problemas a él y a nosotros su familia.

A propósito no me he presentado. A mamá la llaman Manzanita, ella y yo somos árboles de manzano, y mi nombre es Manzanito, yo les contaré la historia de mi hermano y sus aventuras.

## Lágrimas de cocodrilo

**A** la mañana siguiente, de que mamá encontrará a Igary llorando por el sendero que va al río, nos despertamos como de costumbre. En la ladera de la montaña, que ha sido por siempre nuestro hogar. Igary al poco rato de despertar en las ramas de mamá, comenzó a llorar y con su vocecilla de nene recién nacido, preguntaba por su mamá —como era lógico—. Mamá lo arrulló con ternura y paciencia, mientras el sol alumbraba el pico de la montaña blanca.

—Eres tan pequeño, que no es posible que encuentres a tu madre —dijo mamá Manzanita, mientras arrullaba al niño llorón—. Yo desde mi porción de suelo, miré a mamá y su nuevo hijo con un sentimiento negativo de celos.

—Mami, yo también existo —le dije algo enojado—. Ella con ternura acarició las ramas de mi copa y me brindó seguridad.

—Sí hijo, yo sé que existes y eso me hace feliz. Pero éste pequeñín necesita de atención y cuidados.

Igary siguió llorando una hora más. Al mediodía, ya estaba recogiendo las piñas, que dejan caer los viejos pinos. Mamá me pidió que lo cuidara y eso hice.

Luego, se aburrió de recoger semillas de eucalipto y de nuevo se puso a llorar. Mamá manzanita, apresurada llegó a consolar al llorón.

—Y ahora ¿qué pasó? —Preguntó mamá, mientras me miraba—. Igary, me señaló con una de sus pequeñas ramas y a continuación una mentira.

—Él me empujó —dijo con una vocecilla ronca— mientras me señala, acusándome.

—Es mentira —atiné a decir.

Mamá, me mandó a sentar en mi porción de suelo, mientras yo sentía impotencia, ante la actitud del pequeño intruso. Mamá Manzanita enojada conmigo, tomó al chiquillo y volvió al sendero que lleva al río, con la esperanza de encontrar a la madre del chico.

Volvió al mismo sitio de la noche anterior. —Esto lo supe, porque mamá me lo contó después—. Preguntó a los arbustos y árboles del vecindario, si alguien reconocía al chiquillo. Todos los entrevistados, afirmaron no conocerlo y no haberlo visto jamás. Y que ninguna mamá, había pasado en la noche o en la mañana preguntando por algún retoño extraviado.

Mamá regresó al atardecer, cansada por la jornada de búsqueda.

A lo lejos la vi venir y sentí alegría, cuando no vi al pequeño llorón; al acercarse mamá Manzanita, lo descubrí dormido entre su follaje. Me sentí, incómodo y algo molesto.

Ella, agotada por la extensa jornada, se ubicó en su porción de suelo y durmió toda la noche. La oscuridad abrigó el bosque, mientras la luna llena nos arropó y nos cuidó como abuela consentidora.

Mamá al otro día, mientras Igary jugaba con las hormigas, escuchó mi versión de lo ocurrido el día anterior y me pidió excusas, por no haberme creído y haber prestado más atención al pequeño perdido del bosque.

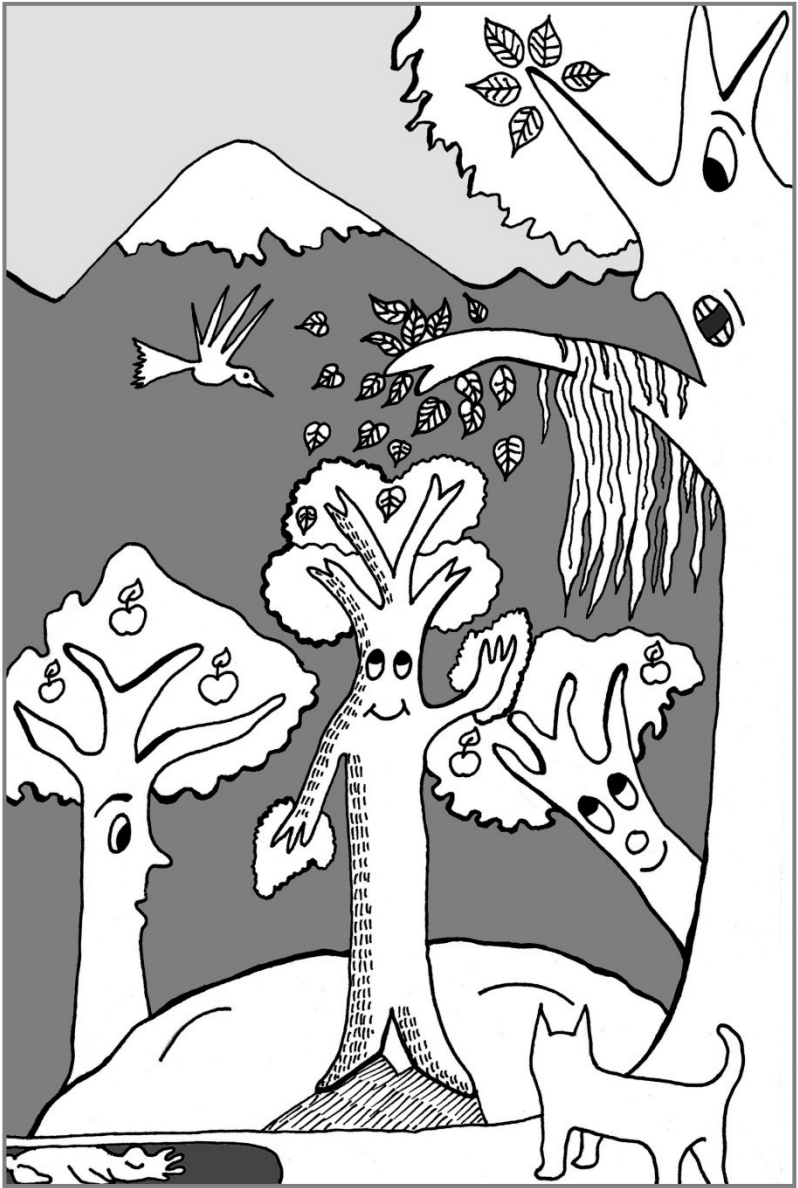
—Hijo, caminé toda la tarde de ayer y no pude encontrar a la madre del pequeñín —dijo mamá— mientras tomaba mi follaje con sus delicadas ramas.

Después de varios intentos, buscando la madre del retoño de árbol desconocido, mamá no veía otra opción, «él se queda con nosotros», luego agrego:

—Pienso que no es posible abandonarlo y nuestra obligación es apoyarlo y darle una familia. —En ese instante comprendí, que la decisión ya estaba tomada y lo único que me quedaba, era la aceptación.

—Claro mamá, como tú digas —dije sin convencimiento—. Ella me miró con amor y me abrazó con cariño.

—Con tu ayuda lo lograremos —me dijo con seguridad—. En ese momento me di cuenta, que tenía un hermano menor.



## El bautismo del pequeñín

Un mes después del encuentro, y con la seguridad que nadie en la floresta había preguntado por el extraviado, el bosque se puso de fiesta. Mi hermano fue bautizado por el viejo árbol de roble, de quién dicen, tiene más de trescientos años y debe ser porque lo cubre una extensa barba blanca. Ese día ningún habitante del bosque, faltó a la ceremonia, todos querían estar presentes en el bautismo de Igary.

El verano estaba en su punto más caliente, pero soportable. El viejo cedro es el encargado de aquellas ceremonias importantes para el bosque. Todos reunidos en torno a la vieja roca, que servía de altar y después de una larga ceremonia, el pequeñín fue bautizado con el nombre de Igary y confirmada su especie ante la comunidad.

—Te bautizo Igary, descendiente de un Aliso, a partir de éste momento eres «hijo con nombre» del bosque perdido —pronunció el viejo cedro, carraspeando su voz de árbol.

Luego, vino lo más extenso de la ceremonia —yo pensaba que ya había concluido—. Representantes de cada una de las especies de arbustos y árboles del bosque perdido, pasaban frente al pequeño árbol de aliso y le entregaban una hoja de su cuerpo arbóreo. Cada una de aquellas hojas las recibía el pequeño aliso y al tomarla con su tallo, éstas se hacían parte de su cuerpo.

En tanto, las aves del monte entonaban cánticos de bienvenida al nuevo miembro. En ese momento, yo seguía sintiendo ese malestar de inconformidad y celos con el recién llegado.

El sol comenzaba a caer y la noche se acercaba. Caminábamos de regreso a casa y mamá llevaba a Igary de su rama, cuando de un momento a otro, comenzó a llorar. Mamá Manzanita inquieta por el lloriqueo del pequeño aliso, se acercó a consolarlo. Éste sollozando, dijo que yo le había apretado su rama y que había sentido mucho dolor. Mamá me recriminó el resto del camino.

Al llegar a casa y en nuestros sitios de tierra, le insistí a mamá que yo no le había apretado la rama al bebé aliso. Ella enojada, no acepto excusas, mientras el llorón se quedaba dormido entre su follaje.

Bueno, ahora que ha pasado el tiempo —pensándolo bien—, tal vez aquella noche de regreso a casa y con mi inconformidad a piel de hojarasca, seguramente si le apreté la rama al pequeñín.



## La desaparición de Igary

Igary se hizo querer por los habitantes de la floresta, inclusive yo le tome gran aprecio, hasta considerarme su hermano mayor. Él, era un pequeño arbusto juguetón. Le gustaba divertirse a las escondidas con los compañeros de la escuela del bosque, y le encantaba este juego, porque tenía la facilidad de mimetizarse, de desaparecer prácticamente, cuando se acercaba a los otros árboles; entonces, los retoños de árbol terminaban por rendirse, ya que no podían encontrar lo.

Un día de verano jugando en algún rincón del bosque perdido, Igary se quedó dormido en su escondite favorito, entre los alisos mayores. Pasaron varias horas y ninguno de nosotros, pudo encontrar al pequeño travieso. Mamá como de costumbre se angustió y después del revuelo causado por la desaparición del pequeñín, debimos calmarnos. Nadie daba razón del paradero de mi hermano. Se organizaron brigadas de búsqueda y al atardecer de regreso, ninguna de las comisiones trajo buenas noticias.

A la mañana siguiente, cuando buscábamos a Igary por el bosque...

—Pero, ¿por qué tanto revuelo? —Preguntó, el abuelo aliso—. Todos nos dimos vuelta y miramos con enojo al anciano árbol.

—Llevamos horas buscando al pequeño Igary —dijo mamá con preocupación.

—Pues, no lo he visto desde el otro día que vino a jugar conmigo a las escondidas —respondió el anciano—. Al darse la vuelta, pude observar a mi hermanito dormido entre el follaje del centenario aliso.

Mamá lo cogió entre sus ramas, y con cuidado lo arrulló, el pequeño seguía dormido. Los demás en tanto, reímos por la curiosa situación.

Durante varios días, la única conversación de los habitantes del bosque perdido, giró en torno a la desaparición del jugueteón aliso y las especulaciones no se hicieron esperar; se escuchaban diferentes versiones de lo sucedido a mi hermano, durante el tiempo que duró desaparecido. Algunos afirmaron que lo habían visto rodando al otro lado del río, que es el límite del bosque. Otros afirmaron haberlo visto jugar con un cachorro de animal desconocido, pero nadie pudo probar nada; lo más seguro es que se quedó dormido en el follaje del abuelo aliso.

## El huracán

La mañana transcurría tranquila y serena como siempre, las aves adornaban el cielo azul, los animales del bosque dejaban sus madrigueras para recibir el sol, cuando de repente se escuchó a lo lejos... ¡Mamá, mamá! —Gritó Igary—. Mientras corría hasta donde mamá Manzanita.

—¿Qué sucede hijo? —Preguntó alarmada mamá.

—Es que la roca ceremonial... —hizo una pausa para tomar aire— me contó, que hoy en la tarde, un fuerte huracán azotará nuestro bosque.

—Pero, la vieja roca ceremonial... ¿De dónde saca esa afirmación? —Aseveró inquieta mamá manzanita.

—Ella me dijo eso, mamá, y yo le creo.

Entonces mamá angustiada por los estragos, que pudiera causar un vendaval de tal magnitud, alerta al viejo roble, quién en su sabiduría, invitó a todos los habitantes del bosque a que permanecieran en sus sitios, bien agarrados al suelo, en el caso de los arbustos y árboles; a las demás especies las invitó a permanecer en sus nidos y madrigueras.

En tanto, la vieja roca permanecía dormida, como de costumbre. Después de las dos de la tarde, todo avanzó en soledad. No se sentían las aves de la floresta y las hojas de nuestros troncos, permanecían congeladas en el aire. Pequeños vientos, nos generaban temor. A eso de las cinco de la tarde, Igary soltó una carcajada que retumbó en el silencio del bosque.



—Pero... ¿Qué pasa? —Sonó un bullicio a una sola voz—. La inquietud era de todos los habitantes del bosque.

—¡Igary! ¿Qué está pasando? —Preguntó mamá manzanita.

—No, mamá manzanita, no pasa nada, es... que... estoy nervioso —dijo mi hermano, con algo de temor.

Todos respiraron profundo y el silencio volvió apoderarse de la floresta. La noche comenzó a caer sobre el bosque perdido y el silencio se hizo más intenso. Vientos suaves circulaban por la espesura y éstas corrientes de aire, tensaban nuestras ramas al tronco, sentíamos que en cualquier momento comenzaría el huracán. Pero, extrañamente el cielo se tornó despejado y claro, la luna y las estrellas brillaban con más intensidad que en otra noche cualquiera.

Igary inquieto y algo nervioso, no podía quedarse parado en su sitio, mamá manzanita, de vez en cuando, le tiraba las ramas para que se quedará tranquilo en su lugar.

De repente, mi hermano se echó a reír a carcajadas, era tanta la risa que se revolcó en el piso pedregoso.

—Ja, ja, ja, ja. —Repetía su risa a cada momento.

Mamá manzanita, enojada y contrariada, lo levantó de una rama y le exigió callar.

—Igary, explícame la razón de tu risa —dijo mamá—, mirando de frente al travieso árbol, con las ramas cruzadas.

Mi hermano no paraba de reír y todos impacientes, esperábamos que él, respondiera la pregunta de mamá Manzanita.

—Todo ha sido mentira. —Afirmó mamá, con un tono de voz decepcionado.

Los arbustos, los árboles y algunos animales nocturnos, miraron con desconsuelo y contrariedad a mi hermano. Y dieron la espalda, mirando hacia la montaña blanca iluminada por la luna.

—Estoy enojada —dijo mamá con voz temblorosa— y agregó —cómo es posible que nos mienta, eso no es correcto, la mentira es dañina y rompe con la confianza.

—¿Por qué nos dijiste que hoy vendría un huracán sobre el bosque? Y ¿Por qué involucraste a la vieja roca ceremonial? —Preguntaba mamá mientras le temblaba la voz, con un dejo de severidad.

Mi hermano llorando (siempre ha sido un llorón) contestó:

—Mamá manzanita, yo quería hacer una broma y tú tienes razón, la roca no tiene nada que ver, con ésta historia, ella se la pasa durmiendo todo el tiempo.

—Igary, sabes que no es correcto decir mentiras y ésta no es la primera vez —anunció mamá, mirando con rigor a mi hermano el aliso.

—Ahora hay que pedir disculpas y enmendar el daño causado, jovencito; piensa bien, cómo lo vas hacer. Mañana a primera hora, te disculparas con los habitantes del bosque, además de ofrecer una actividad que beneficie al bosque perdido.

—Sí mamá manzanita —contestó el aliso travieso, mientras se recostaba en las ramas de mamá, ya con sueño.

Igary trabajó durante un mes recogiendo los escombros generados por el último aguacero, piedras desprendidas desde lo más alto de la montaña, como madera abandonada por sus dueños. Sus amigos lo acompañaron de lejos, ya que el castigo debía cumplirlo él solo. Durante ese periodo, estuvo detrás de la pista de un extraño animal, el cual no pudo coger, pues, se mostraba evasivo.

Igary nunca más volvió a decir mentiras, aunque pasó un buen tiempo para que todos, recobráramos la confianza en él.